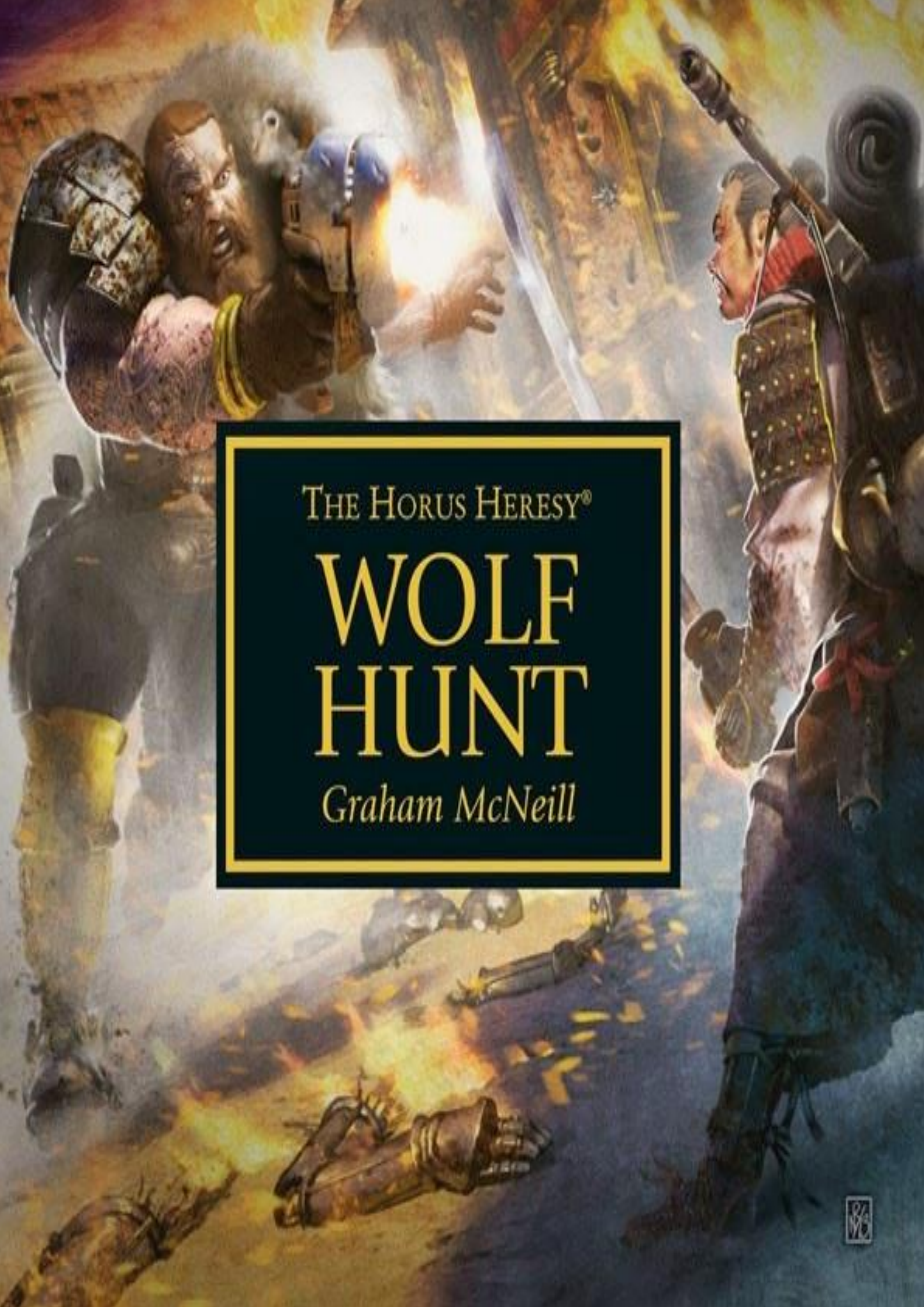


THE HORUS HERESY®
WOLF HUNT
Graham McNeill



LA HEREJÍA DE HORUS

LA CAZA DEL LOBO

GRAHAM MCNEILL

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales en Terra

YASU NAGASENA	Cazador
AMITA	Sirvienta de la villa de Yasu Nagasena
VADOK SINGH	Arquitecto imperial

Hueste Cruzada

SEVERIAN	Hermano Lobo Lunar de la Hueste Cruzada

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

Yasu Nagasena permanecía asomado a la ventana de la torre de la esquina noreste de su villa, dejando que el frío le cortara la cara. Construida en la falda de una montaña conocida como Cho Oyu, la villa había sido su hogar durante cincuenta años, y los recuerdos la impregnaban como fantasmas sin sosiego. Los vientos apesadumbrados de los lejanos rincones del mundo soplaban sobre la torre, todos ellos trayendo el sonido de los golpes incesantes de martillos, las voces de un millón de peregrinos y el miedo de todo un planeta.

Las montañas saturaban aquel continente, orgullosos gigantes en pie hombro con hombro alzándose hasta los cielos. La luz del sol se derramaba sobre ellos en olas doradas, brillando sobre los accidentes de sus laderas.

Las montañas habían dicho adiós, ofreciéndole una última vista de su gloria.

La villa estaba orientada hacia el Palacio, que era una corona sobre el mundo. Desde la ventana podían verse sus amplias vías triunfales y las recientemente levantadas defensas. Más allá de sus muros se extendía la Ciudad de los Suplicantes, la que una vez fuera un lugar de peregrinaje y que se había convertido en un arrabal superpoblado de gente desesperada por encontrar protección.

Nagasena se apartó de la ventana. El Emperador estaba rehaciendo la galaxia, pero Rogal Dorn estaba rehaciendo el Palacio. Lo que una vez había sido algo bello, ahora era feo, la labor del ingeniero superpuesta a la visión del arquitecto.

—No es una unión armoniosa, lord Dorn…

Apenas había hablado desde el fin de su última búsqueda, la de los guerreros prófugos de la Hueste Cruzada. Lo que había empezado como una cacería, había terminado como un asesinato sancionado.

Nagasena percibió el sonido de las suelas de unas sandalias sobre los peldaños de mármol de las escaleras, acompañado por los quedos jadeos de Amita. Era ella quien había mantenido su casa desde que había nacido, y era tan sólida y robusta como las montañas.

Amita alcanzó la cúspide de la torre, con la piel reluciente por el sudor del esfuerzo de la ascensión y con algunas hebras de pelo gris colgando libres sobre su cara.

Frunció el ceño al ver el atuendo de Nagasena: el negro peto de bronce lacado, los pantalones reforzados, las altas botas de piel.

—¿Queríais verme?

Asintió, mirando de nuevo el vasto contorno del Palacio. Abajo, un gigantesco titán estaba alzando unos inmensos bloques de ouslita en la elevación de Daulagiri: parecían ser demasiado preciados para destruirlos o construir sobre ellos. Nagasena se preguntó si aquellas piedras volverían a ver la luz del sol alguna vez.

—Sí. Tengo algo que darte.

—¿Aquí?

—No, en mis aposentos.

Amita suspiró.

—¿Y no podríais haberme llamado allí en lugar de hacerme subir estas escaleras?

—Mis disculpas, Amita. Me he demorado aquí más de lo que esperaba.

—Eso no hace que mis viejos huesos se sientan mejor…

Nagasena sonrió. En cualquier otra casa la brusca franqueza de Amita podría haberle supuesto su despido, pero aquella honestidad encajaba a la perfección con su adhesión a la verdad por encima de todo lo demás.

—¿He sido un buen señor al que servir?

Nagasena apreció el tiempo que Amita dedicó a pensar su respuesta en lugar de contestar con una fórmula de cortesía.

—Siempre habéis sido educado y agradecido. El servicio os considera frío, pero es sólo que la mayor parte del tiempo estáis melancólico. Como ahora.

Nagasena asintió: aquella era una valoración justa.

—Ven conmigo —dijo mientras pasaba a su lado y comenzaba el largo descenso de la torre.

Amita lo siguió.

Al salir de la torre se encontraron con el jardín de rosas donde Nagasena deseó haber pasado más tiempo. Siguieron el sendero de baldosas que lo rodeaba hasta las habitaciones bien proporcionadas de la villa.

Abrió la puerta de su cámara privada e hizo un gesto a Amita para que entrase. Ésta lo siguió con cierta reluctancia, sin prestar apenas atención a los pergaminos colgados de las paredes que contenían mapas de reinos largo tiempo olvidados: Atlántida, Hiperbórea, Daureada… Nagasena se acercó a las estanterías cargadas de papeles y pesados textos y extrajo un documento con un sello de lacre. Después se sentó con las piernas cruzadas tras su estrecho escritorio y ofreció asiento a Amita. Rompió el sello y llenó de tinta el plumín de la larga pluma de águila con la que firmó al pie del documento. Después de eso dio la vuelta al papel y ofreció a Amita la pluma.

—Escribe tu firma junto a la mía y serás la dueña de esta villa.

—¿Me estáis dando la villa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Te las has ganado más que de sobra.

Amita no extendió la mano hacia la pluma.

—¿Vais a salir otra vez de cacería?

—Sí.

Nagasena dejó la pluma sobre el escritorio. Se levantó con movimientos suaves y fluidos y se acercó a la pared de atrás. Con una serie de complejos gestos sobre su superficie la pared se retiró al interior de la estructura, revelando un compartimento lleno de armaduras y armas: una armería digna del intendente de una legión.

—¿De quién se trata esta vez?

Nagasena retiró de su anaquel un largo rifle láser hecho a mano y una pistola volkita plateada, armas capaces de dañar al hombre a quien debía cazar. No eran herramientas para una búsqueda y captura, sino para una ejecución.

—Un lobo lunar.

—¿Un guerrero de las legiones?

—Un guerrero de Horus.

Se colgó el rifle al hombro y enfundó la pistola antes de alzar reverentemente de su *kake* de cerezo la *saya* de madera lacada, jade y madreperla; la piel de la empuñadura era de un pálido color crema y su hoja estaba forjada con un amor y un cuidado por el detalle que ninguna máquina podría nunca replicar. Nagasena llamaba a aquel arma *Sujiki*.

—No esperáis volver…

—Una expectativa razonable.

—¿Quién os ha encomendado esta cacería?

—Lord Dorn.

Ella asintió, sabiendo que Nagasena no podría rechazar la orden de un primarca.

—Si voy a morir en esta cacería no quiero dejar cabos sueltos tras de mí. La villa será para ti; ese es mi deseo.

Amita apartó el documento.

—Si me llega la noticia de que habéis muerto lo firmaré, pero no antes.

Nagasena se sintió honrado por aquella muestra de devoción. Se colgó a *Sujiki* del cinto y su mano, de manera natural, reposó en la empuñadura.

—Fírmalo. Incluso si mato a este hombre no creo que regrese.

—¿Por qué no?

—Porque las montañas han dicho adiós.

Amita asintió, aceptando aquella críptica respuesta.

—El lobo lunar, ¿tiene un nombre?

—Su nombre es Severian.

El lobo se encontraba en medio de rebaño, pero ninguna de las ovejas sospechaba que estaba allí. El edificio de habitáculos que Severian había convertido en su guarida parecía subsistir en un perpetuo estado de colapso inminente. Los temblores hacían que el polvo se desprendiera de las paredes con cada martilleo de la maquinaria titánica dispersa por la llanura frente al Palacio. Dos mil personas atestaban aquella estructura, intentando tener algo de privacidad en medio de una densa telaraña de cuerdas de tender de las que pendían innumerables piezas de ropa.

Severian era un fantasma, invisible e inaudible. Tres días llevaba escondido en el interior de sus paredes, en los huecos podridos de los techos, escuchando el siseo de la estática de su casco, luchando contra el impulso de ponerse en movimiento. Sus cazadores esperaban que huyese tras la matanza del Templo de la Aflicción. La inmovilidad era su mejor capa de sigilo en aquellos momentos, no la acción.

Cientos de centinelas negros habían inundado la ciudad, barriendo sus calles en su búsqueda. Sin embargo, no había visto rastro alguno de los puños imperiales o de los custodios. ¿Qué podía ser lo bastante importante como para mantenerlos alejados de la caza? Los soldados mortales se movían por la ciudad como los oteadores que intentaran batir a su presa, y era muy fácil evadirlos. Aquellos hombres no habían cazado nunca antes a un lobo lunar, no sabían lo que era un lobo lunar… no, un *hijo de Horus*. El Señor de la Guerra comprendía el valor que podía tener un despliegue de ego, pero incluso él se había resistido a cambiar la denominación de toda una legión en su honor; aunque parecía que su reluctancia había desaparecido… Severian aún se veía a sí mismo como un lobo lunar, el depredador solitario cazando bajo la pálida luz del cuerpo celeste. Un hijo de Horus podría haberse abierto un camino a través de la ciudad luchando, pero sólo un lobo lunar podría pasar desapercibido por entre sus calles.

Todavía llevaba la armadura que había robado a los sicarios del guerrero del trueno. Las placas no acababan de encajar, y su diseño era propio de una época en la que se valoraba más la inmediatez que la funcionalidad. El sistema de comunicación del casco estaba constantemente saturado de estática, como plagado de las voces de guerreros largo tiempo muertos. Podía obviar aquel ruido blanco, pero no podía ignorar tan fácilmente las voces de la gente que lo rodeaba. El tema de conversación en todas las bocas era el mismo: la rebelión del Señor de la Guerra

y la masacre de Isstvan V. Labios temblorosos contaban y recontaban las historias de los asesinatos y las atrocidades, mentiras y especulaciones enmascaradas como hechos. Pero todos los narradores coincidían en una cosa: que Horus Lupercal era un traidor, un hijo vil e ingrato.

Severian no podía creer que su primarca se hubiera vuelto en contra del Emperador. ¿Qué motivo podría tener el Señor de la Guerra para tomar un curso tan calamitoso? Severian no podía concebir nada tan importante como para provocar una traición. Su mente rechazaba toda posibilidad por ser demasiado mezquina, demasiado improbable, demasiado *mortal* para justificar una rebelión a nivel galáctico. Atharva parecía haber estado convencido de la verdad de la traición de Horus, pero esa era la manera de ser propia de los hijos del Rey Carmesí: vivían como si fueran poseedores de todas las certezas. Pero Atharva estaba muerto, con la bala de un primarca en el cerebro. ¿De qué valían entonces sus certezas?

Severian escuchó el sonido de pisadas que se acercaban, y contuvo la respiración, fundiéndose con los desperdicios y los restos de plastek del techo. Las pisadas se detuvieron bajo él. Tres hombres traían garrafas de plástico para llenarlas con el agua de la bomba manual. La habilidad de Severian para permanecer oculto a simple vista era innata, una afinidad con las sombras que ejercía de una manera tan natural como respiraba. Aun así era un riesgo permanecer allí considerando la cantidad de individuos de los que consideraban aquel edifico su hogar que frecuentaban aquel área, pero era un riesgo aceptable en comparación con la cantidad de información que podía reunir de aquella manera.

El primer hombre, con aspecto de tornero, colocó una garrafa bajo el caño y comenzó a bombear. El líquido que caía era turbio. Los hombres se turnaron para sacar agua mientras comentaban los sucesos triviales del día, pero inevitablemente la conversación derivó a una discusión sobre la lucha en el sistema Isstvan.

—Ese bastardo de Horus… Cambió el nombre de su legión, eso demuestra mucho ego por su parte.

El hombre esquelético de ojos saltones y el sudor rancio de un adicto lo sustituyó en la bomba.

—Supongo que tienes razón.

El tercer hombre, uno calvo con una nariz ganchuda y el brazo derecho atrofiado fue el último en turnarse.

—¿Y qué se podía esperar? Mucho poder para un solo hombre, se le sube a la cabeza.

Los otros dos asintieron ante la sabiduría contenida en aquella afirmación.

—Sí… —respondió el tornero—. Imagino que si tienes todas esas armas te entran ganas de dispararlas. ¿Por qué no? Pero he oído que lanzó también bombas de virus… una locura.

—Yo he oído que Horus mató a tres de sus hermanos él solo: Vulkan, Corax y Leman Russ —dijo el adicto—. Todos muertos.

—¿El Rey Lobo estaba en Isstvan? —dudó el calvo—. Era Ferrus Manus. He oído que el Fenix lo mató, que le cortó la cabeza.

—Nah, ¿cómo podría matar a un bastardo tan duro? Si es todo hueso y hierro… ¿Quién podría con él?

—Horus podría… y con cualquiera, todo el mundo lo sabe. Yo he oído que le envenenó un culto con algo, algo que le llegó a la cabeza y le trastornó la mente. Dicen que ahora Horus y sus guerreros pertenecen a ese culto. He oído que sacrifican mujeres y niños, arrojándolos al fuego por las noches para que ardan como sacrificio a un dios o algo… —el tornero bajó la voz, hasta alcanzar un tono conspiratorio—. Sí, y parece que no se han detenido ahí… Ahora son caníbales, se comen la carne de los muertos y se hacen trofeos con los huesos.

Severian apretó los dientes. Escuchar como vilipendiaban así a su amado primarca y a su legión con todas aquellas historias obviamente absurdas era casi más de lo que podía aguantar. Sus dedos se cerraron sobre los restos de metal y tuberías condenadas del techo roto, y el metal se abolló bajo su presión.

El tornero miró hacia arriba, y sus ojos se encontraron a través del agujero en el techo. Severian deseó que el hombre no lo viera, concentrando cada ápice de su determinación en ello. El hombre apartó la vista, con una curiosa expresión en su cara, como perplejo por algo que no acabase de comprender. Severian exhaló suavemente, viendo las motas de polvo que su respiración levantó frente a sus ojos.

—Yo también he oído eso —dijo el calvo—. Que Horus se ha vuelto loco, que ha sido… bueno… *poseído*.

Los tres hombres rieron.

—Poseído…

—Sí, por alienígenas o algo…

Severian no pudo contenerse más. Se dejó caer pesadamente en la habitación tras atravesar el techo. El tornero y el adicto se apartaron torpemente de la bomba de agua, pero el calvo se dio la vuelta y salió huyendo por su vida. Severian le arrojó un pedazo de ladrillo no mucho más grande que un guijarro: golpeó al hombre como si del proyectil de una honda se tratara. El impacto lo derribó, con una brecha sangrienta en la parte posterior del cráneo.

—Lo has matado… —dijo el adicto, temblando.

—No —contestó Severian mientras desenvainaba el cuchillo dentado que llevaba a la cintura—, pero merecería morir por su falta de respeto al Señor de la Guerra.

—Tú eres el que están buscando todos…

Severian ignoró su pregunta.

—Sois como niños ignorantes. No sabéis nada de lord Horus, de las batallas que ha ganado y de la sangre que ha derramado por su padre. Mi legión ha levado la guerra a los cielos durante cientos de años, conquistando la galaxia en el nombre de la humanidad, ¿y así es como nos lo agradecéis? Debería mataros a todos. Deberíais estar erigiendo estatuas del Señor de la Guerra, monumentos a sus logros. Horus ha ganado la galaxia para vosotros, no el Emperador.

El adicto cayó de rodillas, llorando, sin poder apartar la vista de las botas del lobo lunar. Severian lo apartó con una patada de desprecio, arrancándole un grito de dolor de los labios.

El tornero tragó con dificultad y alzó la vista hasta los ojos de Severian.

—¡Horus… es… es un traidor! Así lo ha dicho el Emperador.

Severian se detuvo frente a él, haciendo temblar su armadura con la tensión contenida. Un ligero golpe, y la cabeza de aquel hombre estallaría en un centenar de fragmentos.

—El Señor de la Guerra es el hijo bienamado del Emperador —dijo entre unos dientes apretados—. Todo eso que dices, no puede ser verdad… Me niego a creerlo.

El tornero cayó también de rodillas, alzando las manos como si estuviese rezando. Su terror enfermaba a Severian: aquella emoción era demasiado extraña para él y hacía que deseara matarlo todavía más.

—¡Vosotros sois por quienes hemos estado luchando! —dijo mientras bajaba el cuchillo hasta apoyar la punta en su pecho—. Tu especie no se merece heredar la galaxia. Vuestras vidas no merecen el derramamiento de una sola gota de la sangre de una legión.

—Por favor, no… por favor, no me mates… —lloró el hombre.

Finalmente Severian envainó su cuchillo y miró al hombre con la mirada de un dios que contemplase a una de sus creaciones fallidas. Después apartó sus ojos, asqueado.

Y se quedó con su certeza perdida, como a merced de una marea desconocida.

La luz se apagaba dando paso al atardecer cuando Severian abandonó el edificio de habitáculos. Se movió por las callejuelas estrechas, tomadas por la podredumbre, evitando las arterias principales de la Ciudad de los Suplicantes. En cada esquina contaría con una escuadra de soldados apostados en las terrazas y azoteas. Como un lobo solitario, su medio natural eran el silencio y las sombras.

Eran pocos los que caminaban por aquellos callejones, algún alma perdida ocasional que sabiamente escogía apartarse de su camino. No iba matando a nadie a su paso: un cadáver era un rastro, pero un hombre asustado sabía bien mantenerse callado. La mano dura que habían aplicado los soldados al batir las calles estaba actuando a favor de Severian. Los rumores de los brutales métodos de los Centinelas Negros se habían extendido rápidamente, y ya nadie quería informarlos de nada. Además, no tenían ninguna sospecha de hacia dónde se dirigía.

La villa del arquitecto de guerra del Emperador era una brillante burbuja situada en la cumbre de un risco de granito que se cernía por encima del Templo de la Aflicción. Severian había vuelto allí después de dar un amplio rodeo para confundir a sus perseguidores. Había vuelto al lugar donde la caza había empezado, y estaba dispuesto a trepar aquel barranco para hacerse con la nave con capacidad orbital que sabía que Vadok Singh poseía.

Como todos los de su linaje genéticamente modificado, el arquitecto de guerra prefería los lugares elevados desde los que supervisar los progresos de sus obras. Y era desde allí desde donde Severian comenzaría su viaje de vuelta a su legión, para probar la falsedad de las acusaciones lanzadas sobre su primarca… o para exigirle que respondiera por sus crímenes.

—Continuamos con el rastreo en el punto siete dos alfa nueve equis… —dijo una voz distorsionada a través de un canal de voz.

Severian se detuvo en la irregular confluencia de dos estrechas calles. Se apoyó contra la pared, escuchando los pasos de unas botas pesadas a su izquierda. Las voces parecían amortiguadas por alguna extraña cualidad metálica de las paredes, pero Severian creyó identificar cinco individuos. Una escuadra de combate, lo que sin duda significaba que debía de haber otra más en las inmediaciones. Severian se acuclilló como un corredor que espera el pistoletazo de salida, y cerró los ojos, dejando que toda la información le llegase a través de los oídos.

Allí, moviéndose entre los edificios hacia su espalda, sus perseguidores avanzaban con cautela, lo que significaba que sabían que se encontraba cerca.

—Solicitamos refuerzos —dijo otra de las voces distorsionadas.

Una gota le cayó encima, y Severian alzó la vista para descubrir a una joven asomada a un balcón entre unos andamios, con un sencillo vestido verde y una flor roja sujeta a su pecho. Ella lo había visto. Severian vio cómo los músculos de su cara comenzaban a moverse como para pedir auxilio. Cerró los dedos sobre una piedra afilada. Podía atravesarle la cabeza con ella antes de que pudiera pronunciar una palabra, ajustar el ángulo para que se desplomara y cogerla en su caída. Pero en lugar de eso se llevó un dedo a los labios, y negó con la cabeza. Vio el pánico en sus ojos mientras se retiraba al interior del edificio, y sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad. Los astartes eran avatares de la batalla, ¿pero cuándo se habían convertido en figuras que aterrorizaban a los seres humanos? Aún recordaba las

multitudes que los habían aclamado al desfilar antes de reunirse con las flotas expedicionarias, sus gritos al paso de la hueste de legionarios que partían hacia una vida de guerra. Aquellas gentes los habían amado y saludado. Pero aquellos días habían quedado atrás. En aquel momento sólo eran asesinos, armas salvajes que podían rebelarse y hacer sangrar a sus creadores tan fácilmente como a sus enemigos.

Los espacios entre los edificios estaban cruzados por cuerdas de tender de las que pendían sábanas mojadas, casi como los estandartes de la legión desplegados en aquellos días gloriosos. La reclamación del cinturón de asteroides, la toma de los planetas exteriores y el salto al espacio salvaje más allá. ¿Cuántos más estandartes colgarían ahora de las paredes del museo de las conquistas a bordo del *Espíritu vengativo*? ¿Cuánta gloria había pasado lejos de Severian mientras había estado pudriéndose en Terra como poco más que una figura decorativa en recuerdo de guerras que nunca había luchado?

Dejó escapar un suave suspiro, acallando el flujo aleatorio de pensamientos para que no interfirieran con la matanza que se avecinaba.

Calculó la distancia entre él y el primero de los hombres que se aproximaban. Contó hacia atrás hasta que una bota y el cañón de un fusil asomaron por la esquina. Se abalanzó hacia adelante, haciendo girar el cuerpo del centinela negro para situarlo entre sí mismo y el resto de la escuadra. Con un golpe seco aplastó el cráneo de aquel soldado, un momento antes de arrojar el cuerpo a un lado y agacharse, girando sobre su talón para barrer con la otra pierna a los dos efectivos siguientes. Cayeron como piedras, y Severian los golpeó en el pecho con sus puños, aplastándoles las costillas y clavándoselas en los pulmones, negándoles el aire a sus gritos. Sin detenerse se precipitó hacia adelante, golpeando a derecha e izquierda con el canto de la mano. Los dos soldados de la retaguardia se desplomaron con los cuellos rotos.

Severian escuchó las voces urgentes que brotaban de los intercomunicadores de sus cascos. Se acercó una de las pequeñas unidades de voz a la boca.

—Cinco muertos y contando. ¿Quién quiere ser el número seis?

Cuando Nagasena llegó a donde estaban los cadáveres, unos harapientos saqueadores ya se habían congregado alrededor de ellos. Lo miraron con ojos hostiles, debatiéndose entre si disputarle o no la posesión de los muertos. Él ya sabía que tomarían la decisión equivocada: después de todo, la desesperación hace necios a los hombres.

Eran cinco. Más que suficientes, pensaron, para acabar con un solo hombre. Dos de ellos iban armados con rifles automáticos, un tercero con un destripador personalizado que parecía más peligroso para su portador que para sus oponentes. Los otros dos hombres se abalanzaron sobre él, blandiendo largos segmentos de cañerías oxidadas. *Sujiki* susurró cuando la desenvainó, y el primero de los hombres murió con el vientre abierto. Nagasena giró sobre sus talones y descargó el letal filo sobre el cuello del otro de sus atacantes. La cabeza se separó limpiamente y voló hasta atravesar una venta cercana.

El cazador no se detuvo. Continuó su avance y el tercer cuerpo cayó al suelo en mitad del estruendo de los disparos del cañón automático. El hombre con el destripador estaba encontrando muy difícil apuntar con aquel arma monstruosa. Dos rápidos tajos acabaron con el quinto hombre: esquivando su cañón, Nagasena trazó un arco ascendente que sin esfuerzo atravesó el corazón y los pulmones de aquel hombre. Con un brusco giro de las muñecas, liberó la hoja de aquel peso muerto, y una pincelada carmesí dibujó una línea curva en la pared antes de que aquel individuo cayera de rodillas.

El último de los saqueadores retrocedió, alzando el destripador con manos temblorosas. Su arma era una cosa primitiva, ruidosa, peligrosa y de un tamaño intimidante. La pistola de Nagasena la igualaba en letalidad, pero la suya apuntaba firmemente.

—Fallarás, y después te mataré.

Vio la decisión del hombre en sus ojos, una fracción de segundo antes incluso que él mismo. Nagasena apretó el gatillo de la pistola volkita y un ardiente rayo partió del cañón hasta la cabeza del hombre. Su cráneo detonó cuando la cavidad craneal se sobrecalentó y el oxígeno en la material cerebral se expandió. Su cadáver decapitado se desplomó, y sus dedos terminaron de disparar su propia arma.

El disparo resonó por las calles de la Ciudad de los Suplicantes, y Nagasena percibió la distorsión del aire cuando el proyectil pasó silbando a su lado para abrir

un pequeño cráter en la pared que tenía tras de sí. Enfundó su pistola y se arrodilló para limpiar la sangre de *Sujiki* sobre las ropas de uno de los muertos. Tras quitar la mayor parte, Nagasena sacó un pañuelo empapado en óleos y lo paso sobre la hoja, devolviéndole su lustre. Alzó la katana con una mano y llevó la otra a la *saya*. Se detuvo un latido para honrar el arma, antes de envainar con un único movimiento fluido.

En ese momento oyó unas voces enfurecidas a su espalda. Eran unos hombres en el mismo uniforme que los que había matado Severian, una escuadra de cinco soldados, los hermanos de combate de los centinelas muertos.

Un teniente se acercó al cuerpo de uno de los caídos. Nagasena abrió la boca para gritar una advertencia, pero fue demasiado tarde. Giró el cadáver, liberando el seguro de la granada de fragmentación que mantenía en su lugar con el peso entre su pecho y el suelo.

Nagasena se arrojó detrás de un pedazo de pared de ladrillo caída en el momento en el que sonó la explosión. Una bola ardiente se extendió en todas direcciones, arrastrando consigo una tormenta de metralla ardiente. Las llamas devoraron el callejón, convertidas en un huracán que se llevaba pedazos de carne desgarrada. La onda expansiva levantó el resto de cadáveres que seguían tirados en el suelo, liberando las granadas que permanecían bajo ellos, provocando una ensordecedora sucesión de explosiones adicionales. Nagasena se llevó las manos a los oídos y se encogió cuando pudo, mientras la masa de aire desplazada lo golpeaba y le conmocionaba los pulmones, robándole el oxigeno de ellos. Fragmentos de acero semiderretido dejaron marcas en sus brazos, sus mejillas y su cuello. Uno se incrustó en la *saya* de *Sujiki*. Mientras apartaba de un manotazo el metal de la madera lacada el eco de las explosiones se fue desvaneciendo, continuando su camino por las calles.

Respiró profundamente el aire caliente cargado del olor de ficelina. La sangre se escurría por su cara y goteaba de sus oídos, y sentía como si hubieran golpeado su cuerpo con un mazo de energía de los Arbites. Nagasena se puso en pie, vacilante. No lograba ver a ninguno de los centinelas.

Comenzó a recorrer la calle con pasos inseguros, entre masas ennegrecidas y deformes que un momentos antes habían sido seres humanos, desparramadas como desperdicios de una carnicería. El humo ocultaba lo peor de la matanza, pero no lo suficiente como para apartar el horror de sus ojos.

Un hombre todavía estaba vivo. Increíblemente, se trataba del teniente que había girado el cadáver sobre la primera granada. No quedaba nada de él por debajo de la cintura. Miraba a Nagasena con ojos suplicantes y cargados de incredulidad; boqueaba como un pez fuera del agua intentando formar palabras, fracasando en medio de aquella agonía insoportable. Nagasena se arrodilló junto al teniente y le cogió de la mano. Los ojos del teniente se cerraron como si se quedase dormido y todavía pudiera despertar en algún momento. Sus dedos se escurrieron entre los de Nagasena, quien recitó el poema compuesto por su maestro Nagamitsu en la víspera de su asesinato.

—Aun cuando este cuerpo muera, aun cuando muerta una y otra vez mil veces, sus blancos huesos convertidos en polvo, con rastro o sin él de un alma, mis actos habrán sido verdaderos. ¿Podrá eso desvanecerse alguna vez?

Nagasena alzó la vista, notando la mirada de alguien sobre él. Asomaba en una de las altas ventanas de uno de los edificios, había una joven hermosa, con una piel tan oscura que le hizo recordar a los legionarios de los Salamandras. Sus ojos eran pálidos óvalos de color marfil, y lucía una flor roja en su vestido verde. Sus ojos se cruzaron, permanecieron mirándose fijamente un segundo antes de que ella volviera a esconderse. En el instante en que habían compartido la mirada, Nagasena había visto la verdad que encerraba la suya: ella había visto al lobo lunar.

Severian se movía velozmente por las calles, siguiendo el mapa mental que había compuesto en las horas tras su huída del Templo de la Aflicción. El trazado de las vías no seguía lógica alguna, y cambiaba casi con cada día que pasaba, pero él navegaba por los espacios entre aquellos palacetes de restos y los vertederos con seguridad. Como su habilidad para fundirse en las sombras, su sentido especial para la dirección nunca lo había traicionado hasta ese momento. Había guiado a los muertos exiliados a través del complejo laberinto de la cárcel de la montaña con facilidad, y habían recorrido la Ciudad de los Suplicantes como nativos. Las ciudades se abrían a Severian, sus vías y carreteras lo recibían como a un viejo amigo.

Caras asustadas desaparecían entre las estructuras levantadas con restos, algunas de ellas capaces de verlo, pero invisible para la mayoría. Incluso aquellos que lo miraban directamente apartaban la mirada con una expresión perpleja, como si no

supieran muy bien qué era lo que habían visto. Severian no se planteaba cómo era que ocurría aquello.

Las sombras comenzaban a alargarse. Severian avanzaba pegado a las paredes, ligeramente agachado, con sus ojos en movimiento constante. Los ruidos de la ciudad le eran familiares: el murmullo de las voces, el borboteo de las cazuelas y el afilar de los cuchillos. Y entonces captó el eco amortiguado de las explosiones de unas granadas a lo lejos, y sacudió la cabeza al pensar en la necedad de sus perseguidores.

Los fuegos de las cocinas arrojaban humos cuyo acre olor se amalgamaba con el del sudor, la desesperación y el miedo, y como telón de fondo de todo aquello podía oír el ruido blanco del canal de voz del casco. Escuchaba las oleadas de estática, los susurros distorsionados en los momentos de quietud en su soledad, captando alguna que otra palabra suelta como si se tratara de ecos imposiblemente distantes de eras remotas que buscasen una conexión con el presente. Nada de utilidad, pero las voces entrelazadas de los fantasmas lo hacían sentir ligeramente menos aislado. Se preguntó si algún día se uniría a ellas, una voz solitaria perdida entre las de los millones de muertos de las guerras luchadas en el pasado para lograr la unidad de un mundo al borde de su extinción. Una onda de estática, como una ola suave deslizándose sobre una playa dorada, atravesó el casco, y Severian dejó que los fragmentos de voces acariciasen los bordes de su consciencia mientras seguía deslizándose por la penumbra de la caída de la noche.

Subió a un promontorio rocoso que llevaba al risco sobre el que descansaba la dorada residencia de Vadok Singh. Pasó junto a lo que parecía un pequeño cementerio, con tres tumbas excavadas sobre la roca de la montaña, sus lápidas adornadas con unos querubines grabados. Severian no vio nombre alguno, pero por el tamaño de los huecos cortados en la roca supo que dos de los muertos eran niños. Volvió la vista hacia el irregular perfil de los edificios que había dejado atrás, y en especial a los arcos del tejado del Templo de la Aflicción. A pesar de que las historias sobre lo que había ocurrido entre sus paredes se habían extendido como un incendio, la gente de la Ciudad de los Suplicantes todavía seguía llevando los muertos a sus puertas.

Nadie cavaría una tumba por Severian, y aquel pensamiento endureció su corazón.

Empezó a escalar.

Nagasena recorrió el perímetro del edificio hasta que encontró una puerta de maderas claveteadas y contrachapado. Se detuvo un momento tras atravesarla para permitir que sus ojos se habituaran a la tenue luz. Unas escaleras llevaban a un descansillo medio derrumbado sobre el que habían colocado planchas de metal a modo de pasarelas. Comenzó a ascender los escalones. Sabía que no disponía de mucho tiempo antes de que la desconfianza sellara los labios de la joven.

La planta a la que llegó era una superficie de permacemento inestable dividido en compartimentos por medio de tabiques aún más endebles, llenos de cuerpos hacinados alrededor de generadores térmicos, arrodillados o sentados junto a cajas vacías. Los niños lo miraban con la boca abierta antes de que los padres sus apartaran de su camino: no lo conocían, pero sabían que era peligroso. Toda aquella gente, esquelética y agotada, sentía curiosidad por la sangre derramada junto a sus casas, pero deseaban con todas sus fuerzas que pasara de largo lo más rápido posible. Era un visitante no bienvenido en un lugar al que no pertenecía, y la impresión de ser un intruso en la propia Terra lo entristeció. Se preguntó cuanta de aquella gente seguiría considerándose a sí misma ciudadanos del Imperio.

Encontró a la joven del vestido verde sentada con la espalda pegada a una pared. Se sentó con las piernas cruzadas frente a ella y la saludó con una lenta inclinación de la cabeza. Aparentaba unos veinte, pero seguramente sería más joven: la pobreza y la desesperanza envejecen a las personas. Dejó las manos a la vista con las palmas hacia arriba. Ella lo miraba con unos ojos que le decían que lo había visto matar a los saqueadores.

—No tienes nada que temer de mí.

—¿Me lo prometes?

La voz le temblaba, y el deseo por creerle que empapaba sus palabras hacía que se le partiera el alma. Nagasena giró el fajín que llevaba a la cintura y extrajo la *saya* lacada, mostrándosela como si se la estuviese ofreciendo. Los ojos de la joven se abrieron al apreciar la belleza de la artesanía de aquella pieza, y supo que nunca volvería a ver un objeto tan hermoso.

—Este sable es *Sujiki*. En una de las lenguas muertas significa «Honestidad». El hombre que le dio ese nombre me lo entregó cuando juré vivir siguiendo ese

principio. No soy un buen hombre, y he hecho muchas cosas terribles en mi vida, pero nunca he roto ese juramento.

Ella escudriñó su cara, buscando algún rastro de engaño, pero no encontró ninguno, y la tensión de su cuerpo se alivió visiblemente.

—Lo viste. Al guerrero de la legión.

Su cara se contrajo al rememorar aquellas imágenes, y Nagasena esperó en silencio, sabiendo que sería un error forzarla para que hablase. Ver a un marine espacial era una experiencia impresionante; verlo combatiendo en toda su furia asesina era algo que dejaba secuelas.

—No va a volver, si es lo que temes.

—Eso no lo sabes. Vi cómo me miraba, y la muerte estaba en sus ojos.

Una lágrima solitaria se deslizó sobre su mejilla, y Nagasena odió que la traición de Horus hubiera hecho que aquella niña temiera a los guerreros forjados para ganar la galaxia en su nombre.

—Nunca te hará daño.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque voy a matarlo.

Ella lo miró fijamente, sin poder reprimir una triste sonrisa frente a la seguridad que imprimía a sus palabras.

—Mi nombre es Yakarta. Se fue hacia el norte, hacia la montaña más allá del Templo de la Aflicción.

Al principio Nagasena pensó que debía de estar confundida. ¿Por qué volvería Severian sobre sus pasos hasta donde había empezado la cacería? Pero luego recordó lo que el lobo lunar quería, y todo tuvo sentido.

—¿Te sirve eso de ayuda?

—Más de lo que puedas imaginar.

Inmediatamente tomó una decisión. Se quitó del cuello un colgante de jade. Sobre la superficie del óvalo pulido había grabado con vetas de oro un dragón serpentino. Depositó el colgante en la palma de Yakarta y cerró sus dedos sobre él.

—¿Conoces el camino que han despejado y que conduce a los campos de trabajo de las llanuras altas?

—Sí, el que está junto a la planicie de las barracas.

—Toma ese camino y síguelo hasta que llegues a una bifurcación marcada con un pequeño montículo de piedras negras y doradas. Coge el sendero de la derecha y síguelo colina arriba hasta que llegues a una villa de tejados rojos con el mismo símbolo del dragón en sus puertas. Preséntate a la ama de la casa, una mujer llamada Amita, y dile que el pupilo del maestro Nagamitsu desea que se te trate como una invitada hasta su regreso. ¿Lo has entendido?

—Sí.

Su sonrisa la hizo aún más hermosa.

—Vete ya; se acerca la noche, y la Ciudad de los Suplicantes no es un sitio en el que estar cuando ha caído la oscuridad.

Yakarta se quitó la flor del pecho y se inclinó para colocarla en la coraza de Nagasena.

—Te traerá suerte.

Severian había elegido una ruta por la cara este del risco para mantenerse al abrigo de las sombras. La escalada era difícil, la superficie de aquel lado había sido pulida por los elementos, suavizada por los vientos, y los asideros que había disponibles no superaban el grosor de un dedo.

Más que suficiente para un lobo lunar.

El sol declinaba al oeste, el celeste del cielo oscureciéndose en un púrpura profundo, y los ruidos de la ciudad ascendían intentando alcanzarlo. A medida que el sol se ocultaba en el horizonte, el Palacio se empapaba de su fulgor moribundo, adquiriendo el color de la sangre. Severian recordaba un tiempo anterior a que

adquiriese el título imperial y su nuevo aspecto, cuando era poco más que una ciudadela en la montaña, un bastión del consejo de guerra, una fortaleza en la que se había planeado la conquista de la galaxia. Había sido un tiempo de héroes, el comienzo de una nueva época. Por primera vez en incontables siglos la luz parecía eclipsar a la oscuridad. El Sistema Solar estaba a punto de ser sometido, y la galaxia estaba a punto de abrirse para la humanidad, en una sublime diáspora que emularía la primera gran expansión de los hombres entre las estrellas. Las flotas expedicionarias de las legiones cruzarían el vacío como cuchillos para reclamar sus imperios perdidos.

Severian no sería parte de aquella noble empresa.

Cuando la 63.ª Flota alcanzó el límite solar, Severian regresó a Terra con todos los honores para unirse a la Hueste Cruzada. Como parte de su nueva hermandad, había permanecido orgulloso junto a los demás legionarios como símbolos visibles y parangones de un nuevo orden, recuerdos vivientes de lo que el Imperio había mandado al espacio.

Esos tiempos hacía mucho que se habían ido, y Severian encontraba paulatinamente más difícil reconciliar aquellos recuerdos con su actual situación: acosado y solo, el último superviviente del dispar grupo de guerreros reunido por las circunstancias y la elección de Atharva. Hacía mucho que había dejado de intentar comprender por qué el guerrero de los Mil Hijos había decidido liberar aquellos siete entre los que él se incluía, cuando era obvio que había otros que habrían sido más apropiados para su causa. ¿Qué había de los representantes de los Amos de la Noche? ¿De los Portadores de la Palabra? ¿O de los Guerreros de Hierro? ¿La huída no habría tenido más probabilidades de éxito con un hijo de Nostramo o un olímpico a su lado?

Severian… Severian...

Al principio Severian no prestó atención a la voz distorsionada que emergía de entre el ruido blanco, descartándola como un mero producto de su imaginación —*Severian...*—, un engaño de su mente producto del aislamiento. Pero volvió de nuevo —*Severian...*—, alzándose como un susurro en medio de un desierto de estática.

Detuvo su ascenso, llevándose una mano al lado de su casco. La voz regreso de nuevo, más alta y clara. Esta vez no había duda de lo que estaba diciendo.

—Severian…

La sorpresa lo inmovilizó en la pared rocosa. Movió la cabeza a derecha e izquierda, arriba y abajo. No descubrió nada que indicara que estaba siendo observado, pero comprendió que ningún cazador tan bueno se expondría a la vista de su presa.

—Severian…

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Yasu Nagasena.

—Eres el cazador que nos rastreó hasta el templo…

—Sí. Y ahora te he rastreado hasta aquí.

—¿Cómo es posible que me estés hablando?

—El casco que llevas perteneció a un guerrero de una edad anterior. Recordé el equipo que tus compañeros y tú llevabais cuando nos enfrentamos en el templo, y requisé un dispositivo de comunicación similar de los relicarios de Palacio.

—Muy astuto…

—Bueno, no requirió demasiada brillantez por mi parte.

—Nadie más pensó en ello.

—Yo no soy como nadie más.

Severian recordó lo que sabía de los niveles de la tecnología de la Era de la Unidad y sonrió.

—No vas a poder triangular mi posición con esto. Este aparato emite en una banda ancha, y cualquiera con un receptor sintonizado en la frecuencia adecuada puede captar esto.

—Pero no necesito rastrearte de esa manera. Ya sé dónde vas, y te tengo en mi punto de mira en este preciso instante.

Severian se rió, en el primer momento de diversión genuina que tenía en mucho tiempo.

—Entonces dispara, cazador.

Un segundo después una porción de la pared rocosa se desprendió al alcanzarla el disparo de un rifle laser. Una llamarada blanquecina vibraba en las retinas de Severian mientras saboreaba el olor acre del polvo.

—¿Eres un psíquico? —escupió Severian—. ¿El Imperio ha decidido otorgar otra dispensa especial a una nueva clase de mutantes útiles?

En ese momento fue Nagasena el que pareció divertirse con el arranque emocional de Severian.

—Oh, no. No soy un psíquico. Sólo soy un rastreador muy bueno. Y el principio básico del rastreador es comprender lo que su objetivo quiere.

—¿Y qué quiero?

—Lo que la muerte negó a Atharva de los Mil Hijos y a tus otros compañeros: la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad de cómo ha cambiado la galaxia. Estás arrojado a la deriva, Severian. Te han dicho que tu primarca te ha traicionado, que ha traicionado al Imperio. Quieres mirar a tus hermanos a los ojos, porque no puedes reconciliar esa verdad con lo que recuerdas.

—Sé que Horus Lupercal era el mejor hombre que he conocido jamás. Jamás se rebelaría contra su padre.

—En el fondo no crees eso.

—¡No me digas lo que creo!

—No lo crees, porque si Horus alguna vez fuera a rebelarse contra su padre, sabes que lo haría exactamente como lo ha hecho. Una súbita y traumática traición, seguida de un aparente gambito suicida que resulta en la masacre de la mejor oportunidad del Emperador para evitar que la rebelión gane impulso.

Severian no dijo nada. Sabía que Nagasena tenía razón. De lo poco que sabía de la masacre de Isstvan V podía entresacar la imagen del gran guiñol con el que Horus abriría una rebelión.

—No miento. Sobre la hoja de *Sujiki*, juro que no miento.

—¿Entonces por qué no me has derribado de este precipicio?

—Quizá lo haga antes de que alcances la villa de Vadok Singh.

—No creo.

Severian reanudó el ascenso.

—Entonces digamos que Horus es un traidor: aún no sé si tú lo eres.

La voz de Nagasena se disolvió, perdida en el muro de interferencias provocado por la prueba de activación de los escudos de vacío del Palacio.

Severian siguió trepando hacia la cima. A cada instante se preguntaba si Nagasena le dispararía, pero rápidamente descartó esa posibilidad: si el cazador quisiera matarlo, ya estaría muerto.

El sol ya había desaparecido, y sólo el tenue fulgor de las estrellas, los focos del campo de trabajo y de las fortalezas volantes del Mechanicum iluminaban la superficie de la roca.

Cuando llegó a las proximidades del borde del risco apoyó la mejilla contra la roca negra y concentró la vista en la línea que separaba la piedra del cielo. Descubrió una fina porción de aire distorsionado, las líneas de unos finos rayos láser que rodeaban todo el perímetro de la cima.

Severian afianzó la presa de su mano y se dejó balancear. Girando sobre sí mismo volvió a agarrarse con ambas manos y apoyó los pies en la roca con las rodillas dobladas y los músculos tensos. Inspiró profundamente y se concentró en visualizar los movimientos planeados en su mente, evaluando la duración de la contracción de cada fibra de su cuerpo, cada desplazamiento de sus miembros, hasta que estuvo seguro de su éxito. Se impulsó con toda la fuerza de sus piernas, usando los asideros de sus manos como un gozne, dejando que su cuerpo se arqueara como un péndulo con demasiado impulso. A mitad del arco abrió los dedos y contrajo el cuerpo, dando una voltereta como en una salida gimnástica. Aterrizó a un metro del borde del precipicio, arrodillado en medio de un patio ajardinado, con la palma de una mano sobre el suelo arenoso y la otra cerrada en un

puño. Se quedó inmóvil, esperando el bramido de una alarma, el grito de un centinela o el tableteo de los disparos de un arma automática.

Nada, sólo el silbido del viento y el susurro de su propia respiración perturbaban el silencio.

—Esperaba algo más de ti, arquitecto de guerra. Si eres el ingeniero de Dorn, entonces me temo que el Señor de la Guerra simplemente dará un paseo hasta el trono del Emperador.

El patio estaba cerrado en tres de sus lados por gradas que ascendían hasta un paseo elevado bajo un claustro. Las plantas nocturnas sin hojas abrían sus flores a la luz de la luna, y la simetría matemática que todas mostraban delataba su origen de ingeniería genética. Un camino de losas de piedra recorría todo el perímetro del patio, en cuyo centro resonaba el murmullo del agua de una fuente ornamental decorada en su parte superior con el grabado de una escuadra y un compás.

Los múltiples brazos del camino dividían en rectángulos de arena la superficie, en el interior de los cuales se representaban modelos de edificios, elevaciones y bastiones. En ellos estaban marcadas líneas de fuego entrecruzadas, puntos ciegos y glifos del gremio de arquitectos demasiado esotéricos para que tuvieran algún sentido para Severian. Reconoció la elevación del Daulagiri en uno, la Puerta de la Eternidad en otro, y la creciente fortificación de la apertura de Mohand.

Severian subió los peldaños hasta el claustro, caminando suavemente sobre el terrazo pulido. Las corolas de las flores siguieron sus movimientos. Siguió caminando bajo aquellos soportales en dirección al pabellón central, que contaba con una elevada torre en su interior desde la que Vadok Singh podría contemplar su gran obra.

La plataforma de aterrizaje y la nave orbital se encontraban en una plataforma en frente del edificio principal. Severian sólo tenía los conocimientos básicos con los que pilotar una nave como aquella. Podía hacerla volar, pero no con la pericia suficiente como para esquivar a los inevitables interceptores ni los misiles teledirigidos. No, para poder alcanzar la órbita vivo iba a tener que dar a sus perseguidores una razón por la que no derribarlo. ¿Y qué mejor razón que el propio arquitecto de guerra del Emperador?

Severian se detuvo, notando un sutil cambio indefinible en el aire. El olor como de almendras se había evaporado, reemplazado por otro como de amoniaco. Instantáneamente echó mano a su cuchillo y se apoyó contra la pared.

Un panel a su lado se deslizó y un arma automática de varios cañones se desplegó, anclada sobre una peana giratoria. Un rayo verde se proyectó de una lente montada sobre el cuerpo central, y con ella recorrió el perímetro del patio. Severian vio a su gemela aparecer en la pared opuesta, su respectiva luz escaneándolo a él.

La luz verde se volvió roja.

Una tormenta de proyectiles cortó el aire, acribillando la pared. Se apartó de ella y se agachó en el momento en que los cañones que tenía a su lado se giraban para apuntarlo también. Desde el suelo alzó las manos y apresó el arma, su movimiento como el de un pielverde enfurecido intentando librarse de su presa. Severian se mantuvo firme y dirigió los cañones hacia el arma de la pared opuesta. Los proyectiles de alta velocidad la arrancaron de la pared en medio de los estallidos de luz de los impactos. Severian incrustó su hoja en el mecanismo de rotación de los cañones del arma, bloqueándolo, y se echó a un lado antes de que los proyectiles comenzaran a explotar en su interior, destrozando el arma y repartiendo algunos disparos al azar hasta que se detuvo.

Se puso en pie y comenzó a correr hacia el final del claustro. Aferrándose al alero del tejado, se impulsó para subirse sobre él en el momento en que más armas automáticas se desplegaban por el patio. El movimiento era su único aliado.

Las sirenas de alarma comenzaron a sonar, y la luz inundó la cima del risco: focos hasta ese momento ocultos surgieron inundando la villa con su luz, sin dejar sombra alguna en la que guarecerse.

Más de aquellas flores estaban plantadas en jardineras dispuestas a intervalos regulares, y una lluvia de polen surgía de entre sus pétalos esparciendo aquel hedor. Severian comprendió que aquellas plantas habían sido creadas genéticamente como vigías, presumiblemente preparadas para reaccionar ante cualquier muestra genética desconocida.

Severian saltó sobre el tejado del pabellón principal en el momento en que cuatro figuras surgieron de sendas compuertas de la zona inferior de la torre: autómatas, recubiertos de lustroso metal negro y moviéndose con una fluidez que sólo las

mejores creaciones del Mechanicum podrían lograr. Superficialmente humanas, sus caras carecían de rasgos como si fueran maniquíes y tras ellas se encontraba una matriz letal de *wetware* de combate implementado sobre los restos cauterizados de un córtex cerebral humano. Cada uno estaba armado con una larga hoja implantada en un brazo y un arma de energía en el otro. Dos de ellos cargaron directamente hacia él, los otros dos se alzaron en el aire por medio de retropropulsores. Los disparos de energía crepitaron en el aire nocturno.

Severian esquivó y rodó acortando la distancia entre ellos, sabiendo a un nivel instintivo dónde estaban apuntando sus armas. Corrió hacia el primero de ellos a la vez que le disparaba con una de las pistolas que había robado a uno de los centinelas negros. El arma era ridículamente pequeña en su mano, pero fue suficiente para abatir al autómata, que cayó al suelo con la cabeza perforada. El segundo fintó hacia un lado, sólo para encontrarse en la trayectoria de la granada que Severian había arrojado unos segundos antes. La detonación lo lanzó por los aires, precipitándolo al interior del patio.

Un disparo lo alcanzó en la espalda y lo derribó. Gruñó de dolor, herido a pesar de la armadura. Su propia servoarmadura lo habría resguardado de un impacto así, pero aquella era una protección de una era anterior. Con un rugido, se puso en pie y comenzó a disparar. Los dos autómatas restantes se separaron, y los disparos de Severian sólo alcanzaron el aire vacío que habían dejado entre ellos. Siguió moviéndose. Escuchó el repiqueteo metálico de los pasos de los centinelas mecánicos que venían a reemplazar a los caídos. Respuesta escalada a la amenaza: cuantos más destruyera, más surgirían.

Otro disparo lo alcanzó, y esta vez un dolor abrasador lo atravesó, dejándole una herida cauterizada. Severian se giró cuando escuchó el zumbido de un enemigo que se aproximaba. El autómata de cara sin rasgos aterrizó pesadamente a su lado. Severian alzó dos pistolas, una en cada mano. El autómata lo golpeó con la hoja implantada, alcanzándolo por debajo de las costillas. Severian descargó su puño, partiendo la hoja, y vació una de las pistolas sobre él. La serie de impactos hicieron que retrocediera hasta el borde del tejado. Sus sistemas internos le permitieron recuperar un equilibrio perfecto que evitó que cayese, pero en ese momento otra granada rodó hasta sus pies. El autómata desapareció en medio de una cascada de llamas y tejas.

Severian se extrajo el pedazo de la hoja partida del cuerpo cuando el cuarto autómata aterrizó diez metros a su espalda. Parecía que la destrucción de los tres primeros lo había vuelto reticente a compartir su destino. Severian corrió hacia la torre, perseguido por las descargas del arma que abrasaban el aire a sus lados. Más de los centinelas sin rasgos comenzaban a rodear el edificio. Severian se detuvo, acuclillándose, y un segundo después se alzó con los brazos extendidos. La figura de nanocarbono y acero negro que pasó sobre él aterrizó pesadamente unos metros más adelante, con un pedazo de hoja ensangrentada atravesando su cráneo. Sin perder un instante, Severian corrió hasta la torre, entrando en ella por una de las compuertas de las que habían surgido los autómatas.

Yasu Nagasena observaba la lucha en los tejados con la fascinación propia de un luchador. Estaba impresionado al ver cómo Severian se había infiltrado hasta aquel punto. Vadok Singh había considerado sus advertencias innecesarias, y allí estaban, en la sala de control de seguridad del arquitecto de guerra, rodeados por tres pantallas generadas por proyectores hololíticos. A Vadok Singh lo acompañaba un *migou* de combate y dos de sus autómatas negros. Los guerreros cibernéticos habían sido fabricados en las forjas del maestro Lukas Chrom, un adepto del Mechanicum que se había revelado como un traidor. Singh claramente valoraba más su trabajo que su reputación.

El cuerpo del arquitecto de guerra era alto y fibroso, resultado de una manipulación genética que buscaba una altura que favoreciese los trabajos de su gremio. Daba la impresión de ser demasiado frágil para la gravedad terrestre, que estuviera a punto de romperse. Nagasena había estado muchas veces en presencia de los genomoldeados, pero algo en la forma de Singh lo incomodaba más que cualquier primarca, legionario o quimérico adepto del Mechanicum.

Singh dirigió una mirada al plano que Nagasena había solicitado ver. En su voz se mezclaban la irritación y la inquietud.

—Es competente, pero es un guerrero solo.

—Un guerrero que ha evitado ser capturado por la Guardia Custodia y los Centinelas Negros. Confía en mí: tú no conoces a ese hombre.

—Ni tú tampoco.

—Cazar a un hombre es conocerlo.

Su presencia allí debería ser prueba irrefutable de la verdad de sus palabras.

Singh se inclinó hacia adelante cuando una explosión en la azotea dejó las pantallas en blanco por una fracción de segundo. El arquitecto de guerra frunció el ceño, recorriendo las imágenes de los tejados con cierta confusión. No había rastro de Severian por ninguna parte.

—¿Dónde está?

Nagasena no tenía una respuesta para él. Severian se había desvanecido, y no había nada que pudiera hacer para rastrearlo confinado en aquella cámara. En ese momento supo que había sido un error confiar en la afirmación de Singh de que no había puntos ciegos en sus defensas.

—Abre la puerta. Ahora.

Singh navegó por una miríada de hologramas con impacientes gestos hápticos.

—No seas ridículo.

—¡Ábrela! Tengo que salir ahí fuera.

Singh introdujo un código en un teclado de luz flotante.

—Está bien. Pero esta puerta no volverá a abrirse de nuevo, ni para ti ni para nadie.

—Entendido.

La compuerta blindada de un metro de grosor comenzó a desplazarse lentamente. Nagasena se deslizó por el hueco en el momento en el que esté fue lo suficientemente ancho para permitirle el paso. No había nadie en el corto corredor, igual que no lo había en la habitación al otro lado, una cámara de alto techo decorada con pieles alienígenas, mobiliario exquisitamente labrado en maderas extinguidas y planos arquitectónicos que habían sido un regalo del propio Perturabo.

Escuchó algo pesado y metálico tras de sí. Al principio pensó que habían sido los cierres de seguridad de la compuerta reajustándose, pero luego escuchó un grito y comprendió su error. Giró rápidamente sobre sí mismo a tiempo para ver cómo uno de los autómatas de Singh sobresalía de la puerta, bloqueando el cierre con su

masa, su cabeza una ruina pulverizada de chispas eléctricas y materia cerebral goteante. Inmediatamente supo lo que había ocurrido. Severian se había infiltrado en la torre del arquitecto de guerra e irrumpido en la sala de control a través del punto sin defensas: el techo. Oyó la voz de Singh que llegaba desde el interior de la sala, las palabras temblorosas con las que rogaba piedad. Nagasena se preguntó si a Severian le quedaba algo de ella. Dos estallidos de luz acompañaron a los disparos, iluminando el corredor, y el cazador oyó gritos de dolor y el ruido de una feroz lucha cuerpo a cuerpo. Singh gritaba, y algo estalló en la cámara.

La compuerta todavía intentaba cerrarse, pero el cuerpo del autómata la mantenía entreabierta. Dos objetos del tamaño de un puño aparecieron a través de su apertura, con el ángulo exacto para que rebotaran en la pared, atravesaran el corredor y cayeran en la habitación a ambos lados de Nagasena. Éste reaccionó inmediatamente, arrojándose a un lado y tumbando una gruesa mesa de madera tras la que se parapetó. La explosión de fuego y metralla inundó la sala, y la mesa quedó reducida a astillas por onda expansiva. El dolor lo recorrió en profundos cortes por el costado. Intentó ponerse en pie, pero una pierna le falló y cayó de nuevo, dejando escapar un grito de dolor.

A través del humo de la explosión vio surgir una enorme figura que avanzaba hacia él. Apoyó el rifle láser contra su hombro y disparó tres veces en rápida sucesión. Creyó que los tres disparos habían alcanzado a su objetivo, pero un golpe tremendo lo levantó del suelo antes de tener confirmación. Aterrizó sobre una escultura de un león dorado, escurriéndose hacia el suelo hasta quedar apoyado contra ella. Se había roto varias costillas. Su pierna estaba entumecida e inútil. Su rifle láser estaba tirado a su lado, milagrosamente indemne. Sin embargo, en el mismo momento en que se inclinó para alcanzarlo, una pesada bota cayó, partiendo el arma en dos. Nagasena se incorporó cargando el peso contra su espalda para desenvainar su sable. La hoja sólo estaba medio visible cuando una mano demasiado grande para ser humana le agarró el brazo y se lo retorció con un movimiento seco. Nagasena gritó, por la agonía y por la pérdida: los huesos de su muñeca se habían roto, y también *Sujiki.* La hoja partida salió despedida, girando sobre el suelo del corredor.

A través de una niebla como sanguínea Nagasena vio la cara de Severian. Era una cara cruel, angular, afilada y definida donde la mayoría de sus hermanos legionarios presentaban unos rasgos bastos y aplanados.

—Me dejaste vivir en el risco. Ahora te devuelvo el favor.

Nagasena vio que Severian cargaba con la figura inconsciente de Vadok Singh bajo el brazo con la misma facilidad con la que un hombre llevaría unos papeles enrollados.

—No… escaparás… de Terra.

—Mírame.

El legionario dejó a Singh en el suelo y abrió la doble puerta que daba a la plataforma de despegue.

Los autómatas descendieron de los tejados sobre las llamas de sus propulsores. Pero no atacaron. La programación de sus cerebros contaba con reglas específicas de combate, y los propios parámetros que había introducido Singh para su propia seguridad eran los que los impedían atacar.

Nagasena apartó la vista de Severian, cerrando los ojos y apretando los dientes para intentar controlar el dolor. Con su brazo sano se fue arrastrando por el suelo. Cada movimiento hacía que brotara más sangre de la herida que tenía en la pierna. Cada laceración quemaba como fragmentos de acero ardiente, pero Nagasena nunca había fracasado en una cacería, y no tenía intención de fracasar en aquella. El sudor le recorrió la cara, a la que parecían haber drenado de color, pero siguió avanzando, dejando una línea de color carmesí detrás de sí como una estela. Alcanzó las puertas y salió a la plataforma. Estaba intensamente iluminada. Los autómatas permanecían allí, inmóviles. Más de aquellas flores nocturnas se movían azotadas bajo el rugido del aire desplazado por las dos turbinas del motor de la nave que ganaban velocidad.

La nave se encontraba en una plataforma de lanzamiento inclinada que sobresalía por encima de los muros exteriores de la villa. Severian se encontraba sentado a los mandos, Vadok Singh desplomado en el asiento a su lado. Nagasena alzó una mano para protegerse el torbellino de polvo que la nave estaba levantando y desenfundó su pistola volkita. Los protocolos de proximidad impedían a los autómatas atacar, pero Nagasena no tenía tal restricción.

Las turbinas de la nave giraron hasta situarse en posición vertical, y su masa comenzó a ascender en la noche.

Alzar el arma era casi demasiado para Nagasena. El sudor le goteó sobre los ojos y el brazo le temblaba por el esfuerzo de mantener el arma fija. Tendría un disparo, dos si era muy afortunado. Apretó el gatillo. Alcanzó una de las turbinas, el rayo de luz fundió sus componentes. El segundo disparo falló, pero el primero había sido suficiente. La nave comenzó a expulsar humo, y algo en su interior explotó, desgarrando la zona del motor y desestabilizando la nave.

El aparato se precipitó contra la torre, arrastrando consigo estructuras de cristal, metal retorcido y piedra. Pedazos de los rotores salieron despedidos en todas direcciones, decapitando a los silenciosos autómatas que se desplomaron como desertores frente a un pelotón de fusilamiento. Nagasena se cubrió la cabeza con los brazos cuando el motor estalló y un pedazo de metal se clavó a su lado. El impacto colapsó parte de la estructura. El resto de la nave cayó a tierra junto a las puertas y permaneció inmóvil, como una animal con la espina dorsal partida, humeando.

Nagasena se arrastró hacia los restos de la cabina, apoyándose sobre pedazos de fuselaje para poder alzarse. A través de los restos del vidrio destrozado vio que Vadok Singh seguía inconsciente pero relativamente ileso. Severian estaba inmovilizado en el asiento del piloto, las piernas rotas, aplastadas por el panel de mandos. Con algo de tiempo podría liberarse, pero Nagasena lo apuntó a la cabeza con su pistola volkita. El legionario miró el arma, pero el cazador no disparó.

—Eras uno de la Hueste Cruzada, ¿verdad?

—Lo fui. Permanecí en las murallas de Terra como un símbolo de los guerreros que partieron para recobrar la galaxia que se escapó entre los dedos de tus ancestros. Mis hermanos y yo nos vimos obligados a renunciar a las glorias de la campaña para ser una guardia de honor aquí. ¿Y cómo nos han pagado nuestro sacrificio? Con traición y encarcelamiento.

—¿Cuánto tiempo has estado en Terra?

—Ciento setenta y siete años.

—Entonces tú nunca te convertiste en uno de los Hijos de Horus.

—Siempre fuimos la primera de las legiones del Emperador, ninguna otra puede igualar nuestro registro de sometimientos. Soy un lobo lunar, y mi lealtad está más allá de toda duda.

—Mucho puede ocurrir en dos siglos. Los corazones cambian.

—Los corazones mortales, pero no los de los legionarios. Así que, si vas a matarme, adelante.

Por un segundo se quedaron mirando.

—Adiós, Severian.

Nagasena apretó el gatillo. Un arma volkita era una pieza de artesanía, una reliquia de una edad perdida, un arma que nunca había fallado. Su funcionamiento era un misterio para él, pero su letalidad era incuestionable, así como su fiabilidad. Y sin embargo, en aquel momento la pistola no disparó.

Antes de que ninguno de los dos pudiese reaccionar ante el fallo del arma los focos de la villa se movieron para apuntar a una serie de naves que descendieron sobre ellos proyectando sus propias columnas de luz. Nagasena se cubrió los ojos, y pudo entrever una serie de figuras que se desplegaron en medio de aquella luminosidad. Nagasena no fue capaz de reconocerlas. No mostraban insignias ni rangos sobre sus uniformes. Su equipo era de alta tecnología, fusiles láser del patrón Hellgun y cascos de combate con implantes de combate integrados. Rápidamente rodearon los restos de la nave, apuntando a la cabeza y el corazón de Severian. Ninguno de los soldados habló, y Nagasena se dejó deslizar a lo largo del fuselaje abollado, con las últimas fuerzas que le quedaban agotadas.

Un movimiento cercano atrajo su atención, y alzó débilmente la cabeza. Junto a los restos ardientes había una oscura figura encapuchaba ataviada con una túnica, rodeada por una docena de esbeltas mujeres en armaduras doradas con los penachos escarlata y marfil de sus yelmos ondeando en los vórtices de calor. Las Hermanas del Silencio. Sólo podía haber un motivo por el que estuvieran allí.

La figura echó hacia atrás su capucha, revelando una tensa cara de rasgos patricios, enmarcada por un largo pelo blanco. Sus ojos eran viejos, quizá los más viejos que Nagasena hubiera visto nunca, y las pálidas luces danzaban en ellos como copos de nieve.

—Lord Malcador…

El regente de Terra lo saludó con la cabeza.

—Tu arma, Yasu. Apunta hacia el cielo, si eres tan amable.

Nagasena obedeció, y en el mismo instante en que la colocó en posición vertical un potente rayo de energía incandescente partió la oscuridad sobre ellos. La tensión en la cara de Malcador se redujo ostensiblemente y algo de color regresó a sus facciones.

—El mecanismo de las volkitas es complejo, y exige mucho esfuerzo confundirlo. Incluso para alguien como yo.

—¿Habéis evitado que mi arma disparara?

—Lo he hecho, porque necesito al lobo lunar.

Un grupo de los soldados grises se llevaron a Vadok Singh al interior de la villa, mientras otro grupo liberaba a Severian cortando el metal del aparato accidentado con sopletes. Su peso era enorme, tanto que fueron necesarios seis soldados para transportarlo. Su físico mejorado genéticamente estaría ya combatiendo el dolor de las contusiones y los huesos rotos, pero la palidez de su piel atestiguaba su sufrimiento. Las hermanas del silencio rodearon a Severian, y un gesto de repulsión recorrió la cara del lobo lunar ante la presencia de la orden muda. Entre todos se llevaron al marine espacial herido hacia la plataforma de aterrizaje, donde una nave con un casco negro no reflectante descendió desde la oscuridad. El ingenio se quedó flotando sobre la plataforma, desplegó una rampa de asalto de la sección central, y las hermanas del silencio subieron a bordo a Severian. Cuando la rampa volvió a cerrarse, la nave negra volvió a ascender sobre su campo de repulsión casi en completo silencio.

Nagasena gimió de dolor, y Malcador hizo un gesto a dos de los soldados para que lo atendieran. No llevaban signo alguno, pero atendieron sus heridas con la pericia de los *medicae* destinados al campo de batalla. Uno de los hombres preparó una jeringuilla con algún analgésico, pero Nagasena negó con la cabeza.

—Lord Dorn quería muerto a Severian. ¿Para qué lo necesitáis vos vivo?

Malcador se giró, y los fuegos que lo rodeaban proyectaron luces y sombras en su rostro que le dieron un aspecto duro y calculador, el de un maestro de regicida atendiendo a una partida cuyas piezas eran seres vivos y que sabía muy bien el coste de las decisiones que tomaba.

—Estamos en guerra, Yasu, una guerra por nuestra supervivencia. Lord Dorn combate en sus batallas con sus cañones y sus guerreros. Yo libro una guerra más sutil, una guerra silenciosa, si quieres llamarla así. Y necesito hombres con talentos singulares para lucharla.

—¿Y qué talento posee Severian como para llamar la atención del Sigilita?

—Ese lobo lunar es un individuo único, un psíquico latente cuyos poderes son tan instintivos que ni siquiera es consciente de ellos.

—¿Un psíquico?

Malcador asintió.

—Uno cuyos auténticos poderes no despertaron hasta que Magnus el Rojo envió su... ¿cómo diríamos? Su desafortunado mensaje a Terra. En los años que han pasado desde entonces las habilidades natas de Severian se han desarrollado hasta convertirse en algo muy especial. Oh, sí... muy especial, ciertamente.

—¿Años? Pero si el ataque del Rey Carmesí que permitió a los prisioneros escapar de Khangba Marwu ocurrió hace apenas unos días...

Malcador vio la confusión de Nagasena.

—Ah, sí. Puede parecer así desde fuera. Pero Magnus envió su advertencia sobre Horus a Terra hace dos años. Casi destruyó el Palacio, pero los guardias del Emperador fueron capaces de contener el daño. Se necesito una multitud de psíquicos de la Montaña Hueca para disipar toda esa energía antes de que escapara de las guardas psíquicas. Pero las energías que Magnus liberó al final los superaron, y el mundo enteró sufrió las consecuencias. Pero créeme: pudo haber sido peor. *Mucho* peor.

Nagasena intentó procesar toda aquella información, pero el dolor de sus heridas colapsaba sus procesos mentales. Sintió una punzada en el muslo, y una calidez que se extendió por todo su cuerpo.

—Lord Dorn querrá saber el resultado de mi cacería... —dijo tras un suspiro de alivio—. ¿Qué voy a decirle?

—Deja que yo me preocupe de Rogal.

—¿Y Singh? ¿Qué le contará él de los eventos de esta noche?

—Vadok Singh tiene una psique muy impresionable. Recordará lo que yo necesite que recuerde.

—Vais a mentirle a lord Dorn.

—Rogal y yo tenemos puntos de vista diferentes sobre los medios con los que debemos luchar contra Horus. Él tiene sus caballeros y yo pronto tendré los míos. Donde los suyos luchan con espadas y fuego y furia, mis ángeles grises se moverán sin ser vistos por todo el Imperio. Severian será uno de ellos.

Los ojos de Malcador se clavaron en Nagasena, y éste notó como las palabras que dijo resonaron en los rincones más lejanos de su propia mente.

—Y tú también.

FIN DEL RELATO